ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

CASI SIEMPRE,

DRAMA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON SALVADOR CARRERAS.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1879.

ADICION AL CATÁLOGO DE 30 DE ABRIL DE 1878.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería.

COMEDIAS Y DRAMAS.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería.
14	11	Acompaño á usted en el sentimiento....................	1	D. Ricardo de la Vega..	Todo.
2	3	Afinador y mártir—j. o. p....	1	Luis Taboada.......	»
3	2	Caer en la trampa—c. o. p....	1	Eduardo S. Castilla..	»
4	1	Casí siempre—d. o. v.......	1	Salvador Carrera....	»
3	2	Corbata roja................	1	Manuel Nogueras. ..	»
3	2	Coser y cantar—c. o. v......	1	Mariano Pina.......	»
3	1	Cortarse la coleta...........	1	E. Segov. Rocaberti.	»
3	2	Cuestion de conciencia-c. o. v.	1	José Trinchant......	»
2	2	El hombre perro............	1	J. G. de Lima......	»
2	1	El marido y la mujer—j. o. p.	1	D.ª Camila Calderon....	»
»	»	El nono no desear...........	1	D. José Barreda........	»
3	3	El premio del Pardo—j. o. p..	1	Ruigomez y Comenge	»
5	2	El otro yo—j. o. p...........	1	José Estremera.....	»
»	»	Esto, lo otro y le demas allá.	1	Sres. Ramos y P. Doming.	»
3	2	Entre dos fuegos............	1	Gerardo Velez......	»
3	1	Específico moral—c. o. v.....	1	Eusebio Sierra......	»
»	»	Exposicion de tipos—j. o. v..	1	Adelardo de la Calle.	»
3	2	Ganar la plaza...............	1	Bernardo Bueno....	»
»	»	Juicio de exenciones, *sainete*..	1	Tomás Luceño,.....	»
»	»	La conquista de un papá.....	1	Javier de Búrgos. ..	»
3	1	La docena del fraile..	1	A. Manuel Florveles.	»
1	2	La horma de su zapato-p. o. p.	1	M. Barranco.	»
3	1	La muñeca—j. o. p..........	1	Pedro Escamilla. ...	»
1	2	La vendetta—j. a. v.........	1	José Estremera.....	»
»	»	Los dos polos—j. o. v.......	1	Gorriz y Navarro....	Mitad.
2	1	Lola y Pepito—j. o. p........	1	C. C. de Altimiras...	Todo.
3	1	Las tres palmatorias—c. a. p..	1	José de Fuentes.....	»
3	1	Los amigos de Benito—j. o. p.	1	Sres. Sierra y S. Ramon.	»
4	1	Los matrimonios del dia-j. o. p	1	Eugenio Picazo.....	»
5	1	Nobleza y villanía—d. o. v....	1	V. M. de la Tejera...	»
1	»	Nudos y nuditos, *monólogo*...	1	N. N...............	»
5	»	Paz octaviana...............	1	Manuel Nogueras. ..	»
4	1	Perez y Quiñones—c. o. p....	1	Vital Aza..........	»
7	2	Reclamaciones y bombos-s. o. v	1	Manuel Matoses.....	»
1	2	¡Que viene mi mujer!—j. a. p.	1	F. Oconell.........	»
3	2	¿Quién es Calleja?—j. o. v....	1	Sres. Vidal y Caballero..	»
3	»	Sobre la marcha............	1	D. Pelayo del Castillo...	»
3	2	Un novio con patatas........	1	Eduardo Palacio....	»
4	2	Un nudo morrocotudo, *parodia*	1	Luis Cuenca........	»
4	2	Vestirse de ajeno—j. o. p....	1	Eusebio Sierra......	»
7	5	Voz del pueblo, *parodia*.....	1	Fuentes y Solsona...	»
»	»	Con buen fin—c. o. v........	2	Gorriz y Navarro....	Mitad.

CASI SIEMPRE.

CASI SIEMPRE,

DRAMA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON SALVADOR CARRERAS.

Estrenado con aplauso en el Teatro de ESLAVA el dia 10 de Enero de 1879, á beneficio de la primera actriz Doña Trinidad Vedia.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1879.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA	SRA. VEDIA.
RAFAEL	SR. MARISCAL.
JUAN	ARANA.
JORGE	PELUZZO.
UN ORDENANZA DEL HOSPITAL	CATALAN.

Época actual.

ACTO ÚNICO.

La escena representa el despacho del director de un hospital, con puerta á la izquierda del actor, y ventana á la derecha. La del foro figura ser la que comunica con la salida y dependencias del edificio. Mesa escritorio á la izquierda, librería y mesa con aparatos de la facultad respectivamente en ambos lados de la puerta del foro, que está cerrado por una vidriera con cortinas verdes. Sofá cerca de la ventana y sillones junto á la mesa.

ESCENA PRIMERA

Aparece JUAN sentado en el sillon de la derecha de la mesa que está frente al público, acabando de leer un suelto en un periódico que tiene en la mano.

Lo esperaba; no tan pronto,
pero sí tan ejemplar.
Justo es el castigo; lógico
el desenlace fatal
de ese drama de familia
donde el bien y la maldad
unidos con lazo eterno
han de sufrir á la par.
Herencia es del inocente,
la culpa del criminal.

¡Cuán ingrata! ¡cuán injusta
se encuentra la sociedad,
perpetuando un delito
en sus víctimas! En mal
hora viniste á mis manos
pregon de ignominia; (Por el periódico.) mas
en hora buena has venido
si me es posible evitar
que otras manos te recojan,
que ojos te lean quizás,
que tocar nunca debieran,
que no debieran mirar
el papel donde se ha impreso
tan amarga realidad.
(Dirige su vista á la habitacion de la izquierda.)
¡Llorad las penas sabidas!
(Se guarda el periódico.)
¡yo lloraré las demas!

ESCENA II.

JUAN, el ORDENANZA y RAFAEL por el foro.

ORD. Señor director...
JUAN. ¿Qué es esto?
ORD. Este caballero...
RAF. (Corriendo á sus brazos.) ¡Juan!
JUAN. ¡Rafael! (Levantándose y abrazándole á su vez.)
RAF. En cuerpo y alma;
¡aprieta! (Váse el Ordenanza.)
JUAN. ¿De cuándo acá
estás en Madrid? (Sentándose ambos en el sofá.)
RAF. Dos horas
hace que el suelo natal
he pisado, y... no te burles,
dos horas que no sé andar.
Al vaiven acostumbrado
de un buque...
JUAN. Es natural.
RAF. Voy describiendo unas eses
muy sospechosas.

JUAN. ¿Y estás
instalado?
RAF. Sí por cierto;
ochenta y dos, Fuencarral,
tienes tu casa.
JUAN. La misma
que habitabas!
RAF. Claro está,
chico, yo soy consecuente;
y ya sabes el refran
de que vale más lo malo
conocido...
JUAN. Almorzarás
conmigo.
RAF. Si es que te empeñas...
Pues á decir la verdad,
confesaré que he sentido
vivo placer al entrar
en el cuartito de marras,
testigo elocuente asaz,
aunque reservado y mudo
de mi vida de escolar.
¿Te acuerdas? Todo lo he hallado
cual lo dejé; doña Paz,
la patrona, en guerra siempre
con toda la vecindad.
¡Qué geniecillo! ¡eh! Ramona,
la criada...
JUAN. ¡Ah, perillan!
RAF. Tambien la misma...
JUAN. (Sonriendo.) ¿De veras?
RAF. Hasta el perro. aquel sultan
que en el dia de mi santo
nos dejó sin almorzar.
(El carácter de Rafael durante esta primera escena ha de ser sumamente jovial.)
JUAN. Observo, Rafael, que traes
buen humor.
RAF. Justo y cabal:
¡traigo los bolsillos llenos
de alegría! Ya verás;
escucha y prevente: chico,

¡vengo á casarme!

JUAN. Real
y efectivamente, es cosa
que no podía esperar.
¿Pero... abandonas la armada?
¿y aquel empeño?...

RAF. Si tal;
la doy licencia absoluta,
no me hallo bien en el mar.

JUAN. ¿Te sienta mal?

RAF. No; es muy grande,
y ademas... ¡hay tanta sal!
Mejor vivo entre el barullo
de la culta sociedad.
Aquí hay vida, hay elementos
donde bullir y gozar
un hombre de mi carácter.
Allí la existencia es tan
monótona que parece,
Juan, un curso de moral.
Cuando acabé la carrera
proyectaba ya tomar
estado, más los recursos
pecuniarios, chico...

JUAN. Ya.

RAF. Entónces me eché esta cuenta:
en tierra firme, jamás,
lloviendo sobre mi enfermos,
me veré con un real,
porque, aunque ganarlos sepa,
mejor los sabré gastar.
En el agua es muy distinto,
aun contra mi voluntad
y mis vicios, tendré un dia
un modesto capital
con que atender á los gastos
del... entierro, dicho está;
¡al agua pato! y valiente
fuí, con un salto mortal,
desde mi piso tercero
al puente de la Tetuan.

JUAN Dos años hace.

RAF. Preciso.
Hoy tengo con qué pagar
la... cuerda y entro en el gremio;
ser terrestre ó ser naval
lo mismo es, porque es lo mismo
matar gente aquí que allá. (Pausa corta.)

JUAN. No te aconsejo, deseo
que halles la felicidad,
sin olvidar que á menudo
de entre las manos se va.

RAF. Sí; pero preciso apretarla
de tal modo, que ha de andar
muy lista para escaparse.

JUAN. ¿Y la novia?

RAF. Es celestial.

JUAN. ¿Rica?

RAF. En candor y belleza,
en hermosura y bondad.
(Con verdadera pasion.)
Es un ángel y la adoro
de tal modo, que al luchar
contra el furor de las olas,
la rezaba con afan,
como vírgen venerada
de mi pecho en el altar.
Sin ella no tiene encantos
la vida, sin ella, Juan,
yo no existiera, que el cuerpo
sin alma no puede estar!

JUAN. ¿La habrás visto, por supuesto?

RAF. Supones mal. La verdad,
me dirigía á su casa;
pero topé con Damian.
nuestro amigo, y por él supe
tu progreso; eso es llegar
y besar el santo, ¡cáspita!
¡Director de un hospital
á tu edad! justo tributo
que tu laboriosidad
mereció: precisamente
me pillaba al paso... zás,
entré á abrazarte... y te dejo. (Se levantan.)

JUAN. Para volver...
RAF. Á almorzar,
en cuanto vea á mi niña.
¡Hoy es gran dia! me dan
su más preciado tesoro
el amor y la amistad.
Con salud y tales dones
¿quién más feliz? ¡voto á san!
¡Bien hayan mis veinte y cinco!
¡Viva el placer! ¡Já, já, já!
JUAN. Alégrate... pero calla. (Bajando la voz.)
RAF. ¡Cómo!
JUAN. Que contestarán,
Rafael, á tus carcajadas
los gemidos del pesar.
RAF. No entiendo...
JUAN. (Señalando la habitacion izquierda.)
En ese aposento
vierte de llanto un raudal
junto á la cuna de su hija
de una madre la ansiedad.
¡Mi pobre hermana!
RAF. (Con sorpresa.) ¿Qué dices?
¡María?
JUAN. Que ve agostar
la flor de sus ilusiones
á impulsos del huracan
nacido en hora maldita
junto al tálamo nupcial.
¡Oh, de un hijo la agonía
es difícil explicar!
¡Patrimonio de los padres
ellos lo saben no más!
RAF. ¿Murió su esposo?
JUAN. No, Ernesto
vive, vive para el mal,
ha muerto exclusivamente
para la virtud. Enlazar
se consiguió con María
fingiéndola amor leal.
Ella, paloma inocente,
fué presa del gavilan

que en cuanto vió deshojada
su corona virginal,
despues de robar su dote
la supo tambien robar
de los labios la sonrisa,
del corazon el compás.
¡Huyó con otra!

RAF. (Con mayor sorpresa.) ¡Con otra?

JUAN. ¡No es esta frase un puñal
que en el alma de la esposa
se va hasta el puño á clavar?

RAF. ¡Qué infamia!

JUAN. Esta es la palabra.
La abandonó y aquí está
cobijada con el manto
del cariño fraternal.

RAF. ¡Infeliz!

JUAN. ¡Oh, sí!

RAF. ¿Y no sabe?

JUAN. No sabe más que llorar,
¡y es mejor que más no sepa!
Mientras él con vuelo audaz,
arrastrado por sus vicios,
se pierde en el lupanar
del mundo, María llora
de su Aurora la orfandad;
¡infeliz hija sin padre!
Él goza, si es que gozar
le permite la conciencia;
ella pronto estrechará
solo un cuerpo miserable
junto al seno maternal.
¡Infeliz madre sin hija!

RAF. ¿Es tanta la gravedad?

JUAN. Está condenada á muerte.

RAF. ¡Qué horror!

JUAN. Calla.
(Viendo salir á María.)

MARIA. (Por la izquierda.) Hermano. ¡Ah!

ESCENA III.

DICHOS y MARÍA, que se sorprende al ver á Rafael.

MARIA. ¿No estás solo?
JUAN. No, María.
RAF. Señora... tengo el honor...
(Juan habla con María.)
¡Cuál se retrata el dolor
en su mirada sombría!
JUAN. ¿No le recuerdas? Rafael,
mi amigo y mi compañero.
RAF. ¿No me conoce usted?
MARIA. (Esforzándose en fijar sus ideas.) Quiero
reconocerle... sí.
JUAN. (Ayudando su memoria.) Aquel
que tonteaba con Gloria, (Pausa corta.)
el primo de Trinidad. (Id.)
RAF. El de los cuentos.
MARIA. (Alegre por haber recordado, para caer otra vez, en la melancolía que distingue á este personaje.)
¡Verdad!
Perdone usté, es mi memoria
tan frágil!
JUAN. El que en los baños
jugaba con tu marido.
MARIA. No le hubiera conocido;
¡han pasado tantos años!
RAF. Dos no más.
JUAN. (Riendo.) No le hagas viejo.
MARIA. ¡Solo dos?
JUAN. Esta es la cuenta.
MARIA. ¡Y yo he contado cincuenta
en el cristal de mi espejo!
Dispense usted mi afliccion. (Á Rafael.)
RAF. Todo lo sé por su hermano.
MARIA. No puede el cuerpo estar sano
cuando sufre el corazon.
RAF. Tenga usté esperanza.
MARIA. Siento

que ya el alma no la encierra;
cuanto esperaba en la tierra
lo he perdido en un momento.

JUAN. ¿Dudas del cielo?

MARIA. (Con arranque.) ¡Qué quieres,
si hasta mi hija adorada
me grita en cada mirada:
¡no esperes, madre, no esperes!

JUAN. ¡Tú la entiendes?

MARIA. Mucho, mucho.
Su mudez no me da enojos,
que cuanto dicen sus ojos
dentro del alma lo escucho. (Pausa corta.)

RAF. ¡Y yo he venido á insultar
con mi alegría su pena!
Señora, Juan, cuando suena
triste la hora de llorar,
es la amistad el mejor
consuelo, el don más querido...
por suerte á tiempo he venido
de compartir su dolor.

JUAN. ¡Rafael! (Dándole la mano.)

RAF. Y espero que
al regresar á mis lares
hallaré entre sus pesares
el sitio que aquí dejé
en tiempo más floreciente;
si hoy hay lágrimas, María,
quiero al ménos que una mia
vaya á aumentar la corriente.

MARIA. ¡Ah, gracias! usted merece
ser feliz!

RAF. Lo soy.

MARIA. Acaso:
¡la dicha es aire que al paso
nos besa... y desaparece.

JUAN. (Á Rafael.) No te detengas, (Á María.) á ver
iba á su novia...

RAF. Que ignora
mi llegada.

MARIA. Pues ya es hora
de causarla ese placer.

JUAN. Anda, vé, que estará ajena...
RAF. Adios, María, yo siento...
¡Juan!
(Da la mano á María y abraza á Juan.)
JUAN. ¿Volverás?
RAF. Al momento
en que abrace á Magdalena.
(Juan acompaña á Rafael hasta la puerta. María, al oir ese nombre, se queda un instánte como sin aliento, hasta que prorrumpe en un grito angustioso.)

ESCENA IV.

MARÍA y JUAN.

MARIA. ¡Á Magdalena!
JUAN. (Bajando á sostenerla.) ¡Ese grito!
MARIA. ¡Magdalena! (Con pesar reconcentrado.)
JUAN. ¿Qué te agobia?
MARIA. Ese nombre...
JUAN. El de la novia
de Rafael.
MARIA. ¡Nombre maldito!
Nombre para mí funesto
que hasta la sangre me heló;
¡oirlo me pareció
de los labios de mi Ernesto!
JUAN. (Lo recuerda.)
MARIA. (Con exaltacion creciente.) ¿No es el mismo
con que sus cartas firmaba
la infame mujer que acaba
de arrojarme en el abismo?
(Saca varias cartas y abre convulsivamente una que pone ante su hermano.)
Ve, ¡Magdalena Monzon!
Nunca creer he podido
las dejase por olvido,
ántes veo la intencion
de acrecentar más mi infierno,
poniendo cruel, inhumano,
al alcance de mi mano

este testimonio eterno. (Pausa larga.)

JUAN. ¿Duerme la niña?

MARIA. (Guardando las cartas.) Dormía.
Espera.
(Va á escuchar á la puerta izquierda lo mismo que Juan.)

JUAN. No se oye nada.

MARIA. (Bajando.) ¡Qué has de oir, si está atroncada!
¡se muere! ¡pobre hija mia!
Yo he resistido, soy fuerte,
tanto mal, tanta amargura,
mas la inocente criatura
bebió en mi pecho la muerte.

JUAN. Olvida...

MARIA. Los desengaños
van siempre con la tristeza. (Pausa corta.)
Mira, siento en mi cabeza
fenómenos tan extraños!...
La toco, está helada, fria,
de pronto es de fuego un centro;
á veces no hay nada dentro,
yo creo que está vacía;
otras, temo en mi ansiedad,
al sentir su horrible peso,
que va á estallar por exceso
de vida en su cavidad.
Pienso ahora con lucidez,
con mayor entendimiento
que nunca; pero al momento
vendrán las sombras tal vez
á aumentar más mis congojas,
y las ideas nacidas
apenas, caerán perdidas
como del árbol las hojas.
No puedo olvidar y reacio,
cuando voy á pensar, siento
que se va mi pensamiento
como el humo en el espacio.

JUAN. (Lo temi.)

MARIA. (Yendo á la puerta izquierda.)
Se me figura
que la oigo...

JUAN. (Tiene razon,
discurre en la excitacion
nerviosa, y de la locura
la envuelven las brumas densas.
La lucidez... el delirio.)

MARIA. (Bajando.) Allí está Rosa.

JUAN. El martirio
que te impones...

MARIA. ¡Tal vez piensas,
Juan, que salvarla podrás?
En nada esperes.

JUAN. ¡Hermana!

MARIA. No lo dudes, no, mañana
tendrá el cielo un ángel más.
(El parlamento que sigue debe decirse con sencillez y con todo el sentimiento de que sea susceptible la actriz.)
No vive, no está dormida,
muerta ya el alma la llora,
¡por no afligirme mi Aurora
me finge un resto de vida!
(Pausa corta y empieza la entonacion baja para crecer gradualmente.)
Ó entre sueños ó despierta
la he visto romper las lazos
humanos, Juan en mis brazos;
la besé despues de muerta,
sin que orando de rodillas
pudiera tornarla al ser
ni con mis besos volver
las rosas á sus mejillas.
La ví envuelta en blancas telas,
hechas con hojas de lirios
y conté los cuatro cirios
de la muerte centinelas.
Yo dos coronas tejí
con mis marchitos amores,
para ella la de las flores,
la de espinas para mí.
Yo regué á mi prenda amada
con llanto, y el ángel mio
fué... una gota de rocío

que volvía á su morada.
Yo la ví entre dos querubes
de fulgor resplandeciente,
subir, subir lentamente
y perderse entre las nubes.
¡Aurora! ¡hija! estoy aquí.
¡Hija! contempla mi anhelo;
¡espérame! ¡entró en el cielo
y de vista la perdí! (Pausa.)

JUAN. Vamos, la fiebre te inflama,
te matas.

MARIA. (Llevándose la mano al corazon.)
¡Oh!

JUAN. ¿Qué?

MARIA. ¡Un latido!
¡Aún vive mi bien querido!
¡Vuelve á latir! ¡Ah, me llama!
(Váse corriendo por la izquierda.)

ESCENA V.

JUAN, solo.

¡Pobre! me da compasion,
pues no me oculta la ciencia
que si es fuerte su existencia
es ya débil su razon.
Cuando el cerebro padece
le suele un soplo romper
cual flor tronchada al nacer
como sol que se oscurece.
Tan sólo una luz de guía
que presto se va á apagar,
y en su horizonte asomar
verá la noche sombría.
Al rendir su último aliento
esa llama vacilante,
en crepúsculo constante
quedará su pensamiento,
y de la humana miseria
huirá el recuerdo candente
para vivir solamente

la vida de la materia.

(Lo ha dicho en el dintel de la habitacion de la izquierda mirando al sitio que se supone estará la niña.)

ESCENA VI.

JUAN y RAFAEL, que entra cabizbajo.

RAF. Ya estoy de vuelta.
JUAN. ¿Tan pronto?
Á ver. ¿Te sientes enfermo?
Estás pálido, ojeroso.
RAF. La cosa no es para ménos.
JUAN. ¿Has llorado?
RAF. Sí; (Con enojo.) dos lágrimas
que escapárseme quisieron.
Por fortuna tuve tiempo
de aplastarlas con los dedos,
porque ver llorar á un hombre
hace reir.
JUAN. Á los necios.
Del sentimiento las fuentes
distincion no hacen de sexo;
¿ó hay dos linajes de almas
cómo distinto es el cuerpo?
Ojos que no lloran pierden
la mitad de sus derechos.
¿Qué te pasa? Magdalena
acaso?...
RAF. No Juan.
JUAN. Te veo
tan conmovido!
RAF. No es ella
la causa...
JUAN. Pues no comprendo...
RAF. Venía hácia aquí pensando
en el proceder de Ernesto,
el corazon oprimido
aunque con rostro sereno,
cuando al doblar esa esquina

próxima, quedé suspenso
ante un grupo numeroso
que obstruía en largo trecho
el paso y que se apiñaba
alrededor de un objeto.
Curioso tambien, y á trueque
de exponerme á los violentos
codazos de aquella turba,
hice increibles esfuerzos
para ingresar en el corro;
imposible; formé empeño
en ver algo y levantéme
sobre los piés, sin gran éxito,
pues hallé un mar de cabezas
por valla de mi deseo.
Renuncié pensando solo
cómo salir de aquel cerco,
en que el cuerpo fatigado
se encontraba prisionero,
y tropecé en los escollos
de otro grupo más pequeño,
en que, por palabras sueltas,
se ocupaban del suceso.
La curiosidad maldita
hizo pararme. ¿Qué es esto?
pregunté.—«Pues nada»—dijo
contestándome un paleto
que la daba de gracioso,
—«que desde un piso tercero
una mujer se ha arrojado
para dejarse los sesos
en el arroyo.»—Pero hombre...
—Segun ha dicho el portero
no se ha perdido gran cosa,»
—añadió:—«Él está contento
porque todo el vecindario
se quejaba hace ya tiempo
de los contínuos escándalos
que daba con sus lamentos.
Se conoce que su esposo
la solfeaba el pellejo.
¡Já! já! já! ¡pues tiene chiste!

Vaya, hasta otra. Hasta luégo.»
Y celebrando la gracia
con carcajadas se fueron,
dejando el grupo sombrío
que engruesaba por momentos,
á la mujer espirante,
y á mí con el pecho lleno
de lágrimas que pugnaban
por escapar de su encierro.

JUAN. Digno, Rafael, es de lástima
todo el que llega al extremo
de ahogar en su propia sangre
sus amargos sufrimientos;
mas por desgracia en el siglo,
de sus luces á despecho,
el suicidio se adopta
como el único remedio.

RAF. Condénese en hora buena,
pero, Juan ¡escarnecerlo!...

JUAN. Pocos y acaso esos mismos
se conduelen en silencio. (Pausa corta.)
¿Cómo hallaste á Magdalena?

RAF. No la hallé, por eso he vuelto
tan pronto.

JUAN. ¿Había salido?

RAF. Se ha mudado há poco tiempo.

JUAN. ¿Sin escribirte?

RAF. De fijo
me lo escribió, más del puerto
de la Habana há veinte dias
salí, y pensar es lo cuerdo
que no me alcanzó su carta.
¿No te parece?

JUAN. En efecto:
más ¿preguntaste?...

RAF. Al vecino
que reside en su aposento.
(No hay que dar importancia alguna á estas preguntas y respuestas.)

JUAN. ¿Y qué?

RAF. Nada; entró en la casa
anteayer. Hablé al casero,

que vive en el primer piso.
JUAN. ¿Te diría?...
RAF. Breve y seco,
que le entregaron las llaves,
y no sabe más.
JUAN. ¡Soberbio!
¿La portera?
RAF. Una señora
mayor con cara de perro,
ó de perra, mejor dicho;
esa contestóme al vuelo (Con énfasis.)
que no tiene la costumbre
de inmiscuirse en los misterios
privados de las personas
que se albergan bajo el techo
comun, y que nada sabe
ni le hace falta saberlo.
JUAN. Bien está.
RAF. En ménos espacio
pasó todo del que empleo
en contarlo.
JUAN. De manera...
RAF. Que ignoro su paradero.
JUAN. ¿Vive sola?
RAF. Con su padre.
Muy pronto daré con ellos;
conozco varias amigas
íntimas, las veré luégo,
y alguna me dirá...
JUAN. Excuso
pintarte mi afan sincero
de que aciertes en tus cálculos.
RAF. No abrigo el menor recelo.
¡Dudar yo de Magdalena!
¡Oh, no; fuera un sacrilegio!
Dudára ántes de mí mismo;
es de amantes un modelo,
azucena en la pureza,
capullo en la edad y el genio,
rosa encarnada en amores,
y en constancia pensamiento.

ESCENA VII.

DICHOS y el ORDENANZA, por el foro.

ORD. ¡Señor Director! dispénseme
usted si le soy molesto,
mas vengo con una súplica.

JUAN. Hable usted.

ORD. El pobre ciego
á quien hoy se ha dado el alta,
desea con gran empeño
ver á usted, dice que quiere
dar el abrazo postrero
á su bienhechor, sus manos
besar, echarse á su cuello;
en fin, no sé cuántas cosas,
porque al oir sus lamentos
le aseguro á usted que el alma
ya no sé donde la tengo.

JUAN. Dile que estoy ocupado.

ORD. Va á tener un sentimiento
muy grande. (Con timidez.)

JUAN. No puedo ahora
recibirle; anda.

ORD. (Con tristeza.) Obedezco.

JUAN. Y si no... (Á Rafael.) ¡es tan desdichado!
(Al Ordenanza.)
acompáñale aquí.

ORD. (Se va corriendo por el foro.) Bueno.

ESCENA VIII.

RAFAEL y JUAN.

JUAN. No puedes imaginarte,
sin conocerle, el afecto
que me inspiró ese anciano.

RAF. ¿Está ya bien?

JUAN. Los esfuerzos
de la ciencia han sido vanos
para detener el velo

que iba envolviendo sus ojos,
y hoy los cubre por completo.

RAF. ¡Cegó!

JUAN. La luz ya no tiene
para él rayos ni reflejos.

RAF. Razon hay para quererle.

JUAN. Al observar que era un hecho
su desgracia y que ya nunca
podrá ver el firmamento,
de procurar un refugio
á su vejez busqué medios,
y le he conseguido un sitio
en ese lugar benéfico
donde hallan los incurables
pobres, el triste consuelo
de no pedir en las calles,
de no dormir al sereno.
Así me está agradecido.

RAF. ¡Qué bello es el bien, qué bello!

ESCENA IX.

RAFAEL, JUAN, ORDENANZA y JORGE.

ORD. Despacio! Va usted á verle.
(Sale guiando á Jorge.)

JORGE. ¡Á verle! (Llorando.)

JUAN. (Á Rafael.) Aquí le tenemos.
Ánimo. (Á Jorge yendo hácia él.)

ORD. Ya hemos llegado.
(Dejándole junto á Juan.)

JORGE. ¡Ah, señor!
(Cogiendo las manos de Juan y tratando de besárlas.)

JUAN. (Con mucha bondad.) Vamos, ¿qué es eso?

RAF. (Que desde que ha salido Jorge le observa con emocion creciente.)
(¡Ese rostro! ¡Oh, no es posible!)

JORGE. Déjeme usted, se lo ruego. (Nueva tentativa.)

JUAN. Cordura, Jorje.

RAF. (¡Su nombre!
¡Dios mio! ¡no es esto sueño?)

JORGE. ¿No está usted solo?
JUAN. Un amigo
me acompaña.
JORGE. ¡Tambien médico?
JUAN. Sí.
RAF. (El corazon angustiado
rompe las fibras del pecho.)
JORGE. Dispense usted, no sabía...
(Dirigiéndose hácia el sitio en que supone está Rafael.)
RAF. ¿Hay valor?
(Al oir estas palabras, que el actor debe decir con naturalidad, se estremece Jorge.)
(¡Él es!)
JORGE. (¡Qué acento!
Yo conozco!)
RAF. (En alta voz.) Él es, no hay duda.
JORGE. ¡Esa voz! (Con sorpresa que va en aumento.)
RAF. (Á Juan.) ¡Ay, Juan, yo muero!
JUAN. ¡Otra desgracia?
RAF. Espantosa.
JORGE. Hábleme usted, porque el eco
de su voz ha despertado
confusamente un recuerdo.
RAF. ¿La conoce usted? (Creciendo gradualmente.)
JORGE. (Desesperado por no poder precisarla.)
Sí, mucho.
RAF. ¿Y Magdalena? (Con dolor reconcentrado.)
JORGE. ¡Ah!
JUAN. (Á Rafael, bajo.) ¿Qué has hecho?
JORGE. ¡Rafael! ¡Rafael! ¡Hijo mio!
¡Qué tarde, qué tarde has vuelto!
(Arrojándose en sus brazos; Rafael se desprende de ellos.)
RAF. ¡Tarde! ¡pues qué hay? ¡qué sucede?
Descubra usted este misterio.
¡No conoce usted que todo
me es necesario saberlo?
JORGE. Ven, Rafael, ven á mis brazos.
RAF. ¿Y Magdalena? (Con delirio.)
JUAN. Silencio,
creo que llama María.

(Va á oir á la izquierda.)

JORGE. Con cuanto dolor te estrecho
junto á mí ¡Si aún lo dudo!
¡Yo te creía tan lejos!
Habla, habla; quiero oirte,
quiero verte!... y no te veo!
¡Maldito de Dios el hombre
que no puede ver el cielo!
(Lloran uno en brazos de otro. Juan ha vuelto hácia el centro.)

ESCENA X.

DICHOS, MARÍA muy contenta por la izquierda.

MARIA. (Dentro.) ¡Juan!
JUAN. No me engañé!
MARIA. (Saliendo.) Ven pronto.
¡Estoy loca de contento!
JUAN. ¡Cómo!
MARIA. Mi Aurora sonrie,
me echa los brazos al cuello,
¡ya no se muere!
JUAN. (Sin tomar parte en su alegría.) ¡Qué dices?
MARIA. Ven á verla, es un lucero
que tras las sombrías nubes
anuncia dias serenos.
Corre.
JUAN. ¡Sí! (Con indiferencia.)
MARIA. ¡Cuánta ventura! (Váse izquierda.)
JUAN. (Yéndose pensativo detrás de ella.)
Si es duradera, en efecto.

ESCENA XI.

RAFAEL y JORGE.

Rafael ha hecho sentar á Jorge en el sofá de la derecha, él queda en pie á su lado.

RAF. ¡Cuán ajeno estaba yo
de encontrarle en este estado!
JORGE. ¡Pobre Rafael!

RAF. ¿Qué ha pasado?
JORGE. ¡Pues no lo ves? Que me dió
la suerte ingrata otra crúz.
RAF. Pero...
JORGE. Es largo de contar.
¡Ya no podía llorar
mas que la falta de luz!
Por esto estoy en tinieblas;
la lágrima que vertía,
hijo, otra capa añadía
de mis ojos á las nieblas.
RAF. Yo le dejé alegre y sano,
hoy le encuentro en la amargura
sumido.
JORGE. Es que la ventura
no está del hombre en la mano.
RAF. (Creciendo.) ¡Y aquellas horas tranquilas?
¡aquel amor puro y santo?
JORGE. (Id.) ¡Sería de fuego el llanto
cuando abrasó mis pupilas?
RAF. Hable usted, por compasion;
máteme usted, se lo ruego,
porque yo heredo ese fuego
y me quema el corazon.
(Con sarcasmo.)
¿Teme quizá que me aflija!
¿Qué fué de mi amor, mi fé?
JORGE. (En el extremo del dolor.)
Yo sé no más... ¡que no sé
en dónde se halla mi hija!
RAF. ¡Ah, maldicion!
JORGE. (Por el corazon.) Aquí dentro
la guardo.
RAF. En dudas me ofusco.
JORGE. Hace ya un mes que la busco,
que la llamo y no la encuentro.
Un mes que ante Dios me postro;
un mes que invoco á la muerte...
RAF. Yo he jugado con la suerte
¡y al fin me escupe en el rostro!
¿Pero usted no sabe?...
JORGE. No,

es un sueño que he olvidado!
Acaso me la han robado,
acaso... me abandonó!
Al despertar, ronco, seco
zumbaba el trueno sombrío,
quise ver y hallé el vacío,
quise hablar... contestó el eco.
Salté del lecho veloz
cuanto permite la edad;
la voz de la tempestad
contestó sólo á mi voz.
Cielo y tierra en ruda guerra
centellaban, luto, duelo,
rayos de Dios en el cielo,
rayos de un padre en la tierra.
Aquellos de maldicion
sobre el crímen arrojados;
y los mios escapados
del volcan del corazon.
Vino el sol, dulce contraste
en que la naturaleza
luce toda su belleza
y yo... ¡por qué toleraste
que el sol le trajera al suelo
tras la tormenta la calma,
sin darle tambien á mi alma,
¡Señor! el sol del consuelo?

RAF. ¡Y despues? (Con agitacion.)

JORGE. No quise creer
lo que palpable veía,
esperé un dia, otro dia...
¡se fué para no volver!
Resolví harto de sufrir
darme muerte, ¡vano alarde!

RAF. Nunca.

JORGE. Al sentirme cobarde
pensé dejarme morir,
más... ¡contempla mi desgracia!
al borde ya de la fosa,
una amiga cariñosa
me encontró, y con eficacia
me condujo á esta mansion,

donde por fin he cegado,
donde consuelos me han dado
la ciencia y la religion.

RAF. (Con desesperacion que va en aumento. El autor encarga á los actores que tomen parte en esta obra, en su pobre criterio de difícil ejecucion, que entren de lleno en las situaciones sin temor y las afrenten lanzándose animosos en el sentimiento que es preciso trasmitir al público.)
Suerte veleta y mudable,
¿por qué ufana me sonreiste
si abandonarme quisiste!
Y tú... cuerpo miserable,
polvo no más, barro vivo
con la desdicha amasado,
¿por qué, dime, no has tornado
á tu estado primitivo?
¿Cómo no has vuelto consciente
en átomos á la nada,
si está el alma destrozada,
carbonizada la mente?

JORGE. Vuelve en tí, Rafael.

RAF. En ira
se trueca mi horrible pena:
¿tú serme infiel, Magdalena?
¡ah! no, mentira, mentira!
¡Dejar á tu padre anciano?
¡huir de tu santo hogar?
No, Dios no pudo formar
un corazon tan villano.

JORGE. (Con un resto de esperanza.)
¡Quizá me busca la triste!

RAF. Yo la hallaré.

JORGE. Sí, Rafael.

RAF. Á ménos...
(Horrorizado de lo que va á decir.)

JORGE. (Adivinando la idea.) ¡Calla, cruel!

RAF. La encontraré si es que existe.

JORGE. Vuela. (Cae de rodillas.)
Y tú, Madre y Señora
contempla nuestra agonía...

ESCENA XII.

DICHOS y MARÍA, llevando de la mano á Juan.

MARIA. Ven, ven aquí. (Presa de horrible delirio.)
JUAN. Por favor,
escucha.
RAF. ¡María!
MARIA. (Á Juan.) Espera,
(Llevándose las manos á la cabeza como para sujetar sus pensamientos.)
tengo aquí dentro una hoguera.
(Se dirige á Rafael y dice con una emocion y exaltacion creciente y con frases entrecortadas convulsivas.)
Cuando vea usté... al traidor...
¡Ernesto!... para que muera
de vergüenza... si rodeado
está... de gentes extrañas;
dígale usted... que ha logrado
su empeño... que ha asesinado...
á la hija de mis entrañas.
Que alce la frente serena...
aquí mi voz le condena.
¡Infame! ¡vil parricida!
Corre á gozar de la vida
en brazos de Magdalena.
JORGE. ¡Oh!
RAF. ¡Cielos!
MARIA. Y si negara
que por él sufren y gimen...
JUAN. ¡María! (Queriendo sostenerla.)
MARIA. (Soltándose.) Deja.
JUAN. Repara...
MARIA. (Haciendo un esfuerzo supremo arroja al suelo las cartas de la escena cuarta.)
Arrójele usté á la cara
estas pruebas de su crímen.
RAF. (Abalanzándose á ellas frenético. Recoge una que lee.)
¡Las pruebas!

JORGE. (Buscando con las manos á Rafael.) ¡Hijo!

MARIA. (Que ha caido en los brazos de su hermano, presa de una violenta convulsion.)

¡Ay de mí!
¡Me muero!

JUAN. ¡Hermana!

MARIA. (Golpeándose la frente.) Aquí... aquí.
(Cae en el sillon de derecha de la mesa. Pausa.)
Corre, corre esa cortina. (La de la izquierda.)

RAF. ¡Oh! (Estrujando la carta.)

JORGE. (Que al fin lo encuentra.)
Rafael, me asesina
mas la duda: ¿es ella?

RAF. Sí.

JORGE. ¡Justo Dios!
(Cayendo en el sofá. Rafael se arrodilla á sus piés y esconde el rostro en sus rodillas.)

MARIA. (Muy bajo.) Cállate, Ernesto,
Calla, chis; el labio sella...
Está dormida... ¡qué bella!
Vete... vete... este es mi puesto;
yo... yo... velaré por ella.
(Se ha levantado durante ese delirio, y va maquinalmente hácia la puerta izquierda, en cuyo umbral se deja caer de tal manera, que el público pueda ver hasta el final del acto parte de su vestido. Pausa larga.)

JUAN. Sólo lágrimas, pesar.
¡Qué mucho que el mar asombre,
si se ha llegado á formar
con las lágrimas del hombre,
que á torrentes van al mar.

RAF. (Se levanta y va hácia Juan.)
¡Juan!

JUAN. Lo leo en tu semblante.

RAF. ¡Pobre madre! (Mirando á María.)

JUAN. En este instante
es feliz, no hace memoria...

RAF. ¡Y... Aurora!

JUAN. Reza en la gloria
por su padre, que bastante
lo necesita en rigor.

(Se acerca al dintel de la puerta donde está María, y se queda contemplándola.)

RAF. ¡Estaba en el cielo escrito
nuestro martirio, Señor?
¡que sea sólo un delito
causa de tanto dolor!
(Mirando á Jorge.)
Anciano infeliz, del mundo
cruzó los fieros abrojos
y el mal le roba iracundo,
honra, cariño profundo,
y hasta la luz de sus ojos.
(Dirigiendo la vista hácia dentro de la habitacion.)
Tierna niña, clavel tierno,
encuentra temprano invierno
en su padre, que homicida
roba la luz de su vida
en el regazo materno.
(Por María.) Madre, esposa, su existencia
pasó enjugando dolores,
y la roban sin conciencia
con sus dos puros amores
la luz de la inteligencia.
Y yo... cruzo sin aliento
un mundo de mar y viento,
para que una mano impura
me arrebate la ventura
y la luz del sentimiento.

JUAN. El mundo...

RAF. El mundo entre tanto
se reirá de mi quebranto,
gozará con mi dolor,
maldito el que siembra amor
y halla cosecha de llanto.
Maldito aquel que al nacer
viene á llorar destinado,
á llorar y á padecer,...
¡maldito yo, que he fiado
en la fé de una mujer!

JUAN. ¡Rafael!

RAF. Y el que hace brotar
tanta hiel... ¡podrá aspirar

los goces que el mundo encierra!...

JUAN. Nunca.

RAF. Estoy mal en la tierra;
¡prefiero volver al mar!
Si la maldad solamente
lleva la ventura en pos,
si padece el inocente...

JUAN. (Dándole el periódico que ha guardado en la primera escena, dice con voz solemne.)
Lee aquí y hunde la frente,
insensato! ante tu Dios.

RAF. (Leyendo con agitacion y rapidez.)
«Ha sido preso en su misma habitacion el »señor don Ernesto Rosas! delatado como »autor de la última falsificacion de billetes »de banco que tanto ha dado que hablar en »los círculos mercantiles!!»...
Entónces... ¡Dios de bondad?
(Dirígese hácia la puerta del foro, seguido de Juan, que quiere detenerle á tiempo que esta se abre y aparece una camilla cerrada completamente y conducida por dos mozos que la dejan en el mismo foro.)
¡Ah!
(Grito desconsolador.) Juan le enseña á Jorge ajeno á lo que pasa. Rafael levanta un lado del hule de la camilla, de modo que el público no vea lo que hay dentro y exclama con voz desgarradora y reconcentrada.)
¡Magdalena!

JUAN. (Despues de observar el cadáver.)
¡Ya ha muerto!

RAF. (Bajando.) Aquí acaba la maldad.

JUAN. (Despues de haber hecho una seña á los mozos.)
¡Casi siempre este es su puesto!

RAF. Sí! *¡casi siempre*! ¡es verdad!
(Estos cuatro versos han de ser bajos y en progresion descendente. Al decir Rafael el último, ya en los brazos de Juan, se ve á los mozos levantar la camilla para llevársela. Telon rápido.)

FIN.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería
3	3	Con la música á otra parte...	2	D. Vital Aza..........	Todo.
6	5	Dime con quien andas—p. o. v	2	R. Lopez del Rio....	»
6	3	Dos horas de angustia—c. o. v.	2	E. Navarro Gonzalvo.	»
6	5	El caballo blanco—j. a. p.....	2	M. Pina Dominguez.	»
7	2	El dinero en la mano—j. a. p.	2	M. Pina Domínguez..	»
7	3	El equilibrio Europeo.......	2	Sres. S. Cast. y G. de Cádiz	»
5	4	Los dedos huéspedes—j. a. p..	2	D. J. M. Anguita......	»
»	»	Jugar á la política...........	2	Ildefonso Valdivia...	»
5	3	Próspero y Vicente..........	2	R. Lopez del Rio....	»
6	3	Sr. Don Lino Guerrero, Madrid	2	Julian Sanchez.....	»
2	1	Amor y amor propio.........	3	Fuentes y Alcon....	»
10	1	El lego de San Francisco.....	3	J. Mota y Gonzalez..	»
5	2	El noveno mandamiento-c. o. p	3	M. Ramos Carrion..	»
5	2	El nudo Gordiano—d. o. v...	3	Eugenio Sellés......	»
5	2	El ramo de flores...........	3	Sres. Pacheco y M. Godino	»
6	2	El rosario de mi abuela......	3	D. J. G. de Lima.......	»
		Escupir al cielo—d. o. v.....	3	A. Lopez Muñoz....	»
10	2	Honor sin honra—d. o. v.....	3	A. F. de la Serna...	»
3	2	La novela del amor—c. o. p...	3	Valentin Gomez.....	»
6	3	La opinion pública—d. o. v..	3	Leopoldo Cano......	»
4	4	La tabla de salvacion—c. a. p.	3	Sres. Coello y Herrero..	»
9	4	Las penas del purgatorio-c. a. p	3	Sres. C. Arana y Fuentes	»
3	3	Torcer el camino—j. o. v....	3	D. R. Martinez Aparicio	»
7	3	Un árbol torcido—c. a. p.....	3	Venancio Magin.....	»
2	3	Vivir muriendo.............	3	José Sanchez Arjona.	»
6	3	María Stuardo—d. o. v.......	4	J. Campo Arana.....	»

ZARZUELAS.

5	1	Camoens—d. o. v...........	1	Sres. Zapata y Marqués.	L. y M.
4	2	Celos, veneno y suegra.......	1	D. José Olier..........	L.
		En la calle de Toledo........	1	Sres. B. de Cortes y Rubio	L.
2	1	La niñera...................	1	D. Luis Pacheco.......	L.
»	»	La venta del Pillo, *tonadilla*..	1	Est., Chueca y Valv..	L. y M.
		Los dos cazadores...........	1	Ricardo Caballero...	L.
5	2	Perdigon en Hamburgo......	1	D. Leandro T. Pastor...	L.
5	6	El diablo en la Abadía.......	2	Sres. Almela y Mangiagalli	L. y M.
5	4	El padrino.................	2	Trinchant y P. Castro	L.
6	3	Historias y cuentos,.........	2	Pina Dom. y Rubio..	L. y M.
5	2 c.	El anillo de hierro—d. o. v....	3	Zapata y Marqués...	L. y M.
4	3 c.	El campanero de Begoña.....	3	Pina y Breton......	L. y M.
		La banda del rey...........	3	D. José Casares.......	1/2 M.
6	3 c.	La dama blanca............	3	Sres. Moran y Andilla...	L.
8	4	Las dos Princesas..........	3	Ramos y Pina......	L.
		¡Vivan las caenas!..........	3	D. José Rogel.........	M.

NOTA.—Ha dejado de pertenecer á esta Galería, la comedia en un acto titulada *Una chica alemana*, la música de la de tres actos *La fiesta del hogar* y el libreto de las zarzuelas *Juana, Juanita y Juanilla* y *Sobre ascuas*.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, y de *M. Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Administracion Lírico-dramática.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.